LA BATALLA DE CLAVIJO.

Improvisacion dramática en un acto, en verso, por D. FRANCISCO ZEA, representada por primera vez en el teatro del Museo, en el mes de Mayo de 1847.

(Tercera Edicion.)

PERSONAGES.

EL REY DON RAMIRO.
ABDERRAHMAN, *rey moro.*
ORDOÑO, *guerrero cristiano.*
UN SOLDADO.

El teatro representa un campamento.

ESCENA PRIMERA.

D. RAMIRO *y* ORDOÑO.

ORD. Qué, así se abate un corazon valiente!
Así á la voz de su fatal destino
dobla un monarca la altanera frente!
Volveremos á hollar nuestro camino,
no ya con planta firme y pecho osado
como el que, entre la lid, laureles halla,
sino con pena y ánimo postrado
como el que huyó vencido en la batalla...?
Cuándo al noble español ánsia le aguija
de pelear, en tan contraria suerte,
la vergüenza quereis que humilde elija
teniendo al par á su eleccion la muerte...?
Respondedme, señor! Mas no valdria
morir matando, perecer con gloria,
que al moro abandonar en su porfía
un pedazo de honor con la victoria...?
No quisiérais mejor que vuestra gente
clavase sobre el campo su bandera,
aunque yaciese al pié, que la insolente
faz del contrario ver triunfante y fiera...?
Cuando el sol de mañana alumbre el suelo,
para orgullo mayor de esos villanos,
quereis que cubra el español su duelo,
su vergüenza, que es mas, con ambas manos...?
Ah! pensadlo, buen Rey; pensadlo, os digo!
Que al peligro tornar la España os vea!
Si humillar no podeis al enemigo,
hoy este campo nuestra tumba sea!
RAM. Valeroso soldado, cuyo acento
despierta mi altivez; cuya mirada
la llama enciende en mí del ardimiento
dentro del corazon casi apagada.
Habla! Vuelva á escucharte el régio oido;
mi vista á tus palabras centellea;
tu voz es de la patria el alharido;
es el clarin que llama á la pelea.
ORD. Tal vez hablé á mi Rey con osadía,
mas que no olvide, ante mi audacia espero,
que ha un instante no mas por él blandia
y por mi pobre religion mi acero.
Soldado soy; el corazon me late
á la voz del honor, la gloria ansio;
nada á mi fiera intrepidez le abate;
peleo hasta morir, muero con brio.
Por mi Dios, por mi patria y soberano
dar mi sangre juré... santa promesa!
Por ella el hierro empuñará mi mano
hasta que sorba mi valor la huesa.
Por ella si cuando la noche umbría
cortó ha un momento la indecisa lucha,
paré vuestro corcel, y, á la accion mia,
levantóse en redor sorpresa mucha.
«Sois mi dueño y señor, díjole osado
el vasallo á su Rey, oid empero
el resuelto lenguaje de un soldado,
la franca voz de un corazon guerrero.»
«Sé que á favor de la tiniebla oscura
vais vuestro campo á abandonar prudente,
viendo, no del contrario la bravura,
sino el número inmenso de su gente.»
«Un Rey cristiano á la esperanza niega
un asilo en su alma...? ¡oh, no, es mentira!
La hora, señor, de la esperanza llega,
Dios nos dará los rayos de su ira.»
«¿Temeis por esos bravos campeones?
Cuando la muerte su carrera ataja,
si la gloria va en pos, de sus pendones
saben fieros hacerse una mortaja.»
«Den un hora al descanso, norabuena;
pero vuelvan despues, y en anchos rios
sacien de impura sangre sarracena

la avara sed de sus ardientes brios.»
«Poneos á su frente... Alma bastante
tiene mi Rey para vencer lidiando...
Oh! triunfo tan magnífico y gigante
la afrenta borrará de nuestro bando.»
«La patria os cantará dignos loores,
vos la hareis esperar otro destino,
y las doncellas cubrirán de flores,
cuando os tornen á ver, vuestro camino.»
«¿Creeis casi imposible la victoria...?
¡Así con mas pujanza lidiaremos!
¡Un hora de descanso, y á la gloria
ó la muerte ¡por Dios! fuego volemos!...
Esto os dijo, señor, aquel osado
con el lenguage que aprendió en la guerra,
y esto la voz de su leal soldado,
le repite á su Rey, rodilla en tierra. *(póstrase)*

RAM. Alza, valiente; á perecer iremos,
mi palabra te doy; como cristianos
la bandera de Dios defenderemos,
contra el odio y poder de esos paganos.
Muchos son... moriremos. La fortuna
hizo traicion, dirán, á su braveza,
pero no hay en su honor mancha ninguna,
su gloria ha sido igual á su altiveza.
Y quién sabe?... De Alfonso la cuchilla
no llenó de pavor á la canalla
cuando Mauregato la mancilla
con la sangre lavó de una batalla?
Oh! este recuerdo al corazon me llega!
Es preciso lidiar, y si el destino
nos roba el lauro en la azarosa brega,
muramos con valor, no hay mas camino.
Pedazos de su honra el mahometano
osa á España pedir?... Oh! mucha suerte
fuera ajar su altivez!...

ORD. En vuestra mano,
señor, teneis nuestra salud, su muerte.
Véannos otra vez en la pelea
y... cegarán, no lo dudeis.

RAM. Mi aliento
de cristiano y de Rey hace que crea
lo que le acaba de anunciar tu acento.
Vé; dí á mi gente que mañana, apenas
el alba asome, su invencible brio
nadar hará á las huestes agarenas
de hirviente sangre en anchuroso rio.
Que, delante de todos, don Ramiro
irá como quien es, tranquilo y fiero,
á recoger el último suspiro
del que en tan ruda lid caiga primero.
Que estén á mi voz prontos!... Que abatida
la patria en su dolor, llora y espera!...
Eso dirás.

ORD. Señor, vuestra es mi vida
(inclinándose.)
Tú verás del infiel la hora postrera,
(ap. al salir llevando la mano á la espada.)

ESCENA II.

D. RAMIRO, *solo.*

En tí mi aliento confia,
padre soberano y justo,
poderoso Dios, que huellas
el cielo, el abismo, el mundo!
Hé aquí á tus hijos; el alma
cubierta llevan de luto;
sin tu luz... van tropezando
por este sendero oscuro.
Mañana...! oh! mañana el viento
ayes hendirán profundos,
flotará entre cielo y tierra
de polvo un celage turbio...
—¡Si triunfasen mis valientes!
Oh! aunque en tan pequeño número,
en la fuerza de su brazo,
fia aun mi corage mucho.
Triunfarán, si... que del moro
van á sacudir el yugo,
á dar honra van á España
y su Dios lo vé con júbilo!
—Si él no los ayuda ahora
su esperanza es el sepulcro!
Ah! sobre mis hombros siento
del cansancio el peso rudo!
Si adormir pudiera en calma
la zozobra con que lucho!
Entrar quiero en esa tienda...
Paz bajo su lienzo busco!
No la habré, no, hasta que cesen,
oh España! tus infortunios!
(entra en una tienda que habrá en el fondo.)

ESCENA III.

ABDERRAHMAN, *encubierto.*

Animo! la noche es densa;
su sombra será mi escudo,
el profeta va conmigo,
no hay que vacilar un punto.
Abderrahman! tú has cruzado
siempre entre la niebla oculto,
el campo del nazareno
desconocido y seguro.
Alah te ha dicho: «levanta;
toma ese hierro, y sañudo
(mostrando un puñal.)
con sangre de un rey cristiano
tórnalo rojo hasta el puño.»
Sea! Abderrahman no teme;
su brazo es fuerte y robusto,
su pecho... tan insensible
como la entraña de un muro.
Llegó el momento, avancemos;
nadie me sigue; entre el luto
de las tinieblas, apenas
un leve rumor escucho.
Oh! si supiera...! villanos!
Pronto acudiendo en tumulto
sobre mi frente de Rey
lanzáran su odio profundo...
Pero Alah me ampare! El guia
mis pasos entre tan mudo
silencio, y trueca á mis ojos
en dia el horror nocturno.
Mataré al vil! Las cien hijas
de Jesus, que él furibundo
me niega, yo en mi venganza
las amarraré á mi triunfo!
Cien doncellas! oh! cien flores
del pensil de Iberia orgullo!...
Los jardines de Mahoma
su aroma envidiarán puro.
Guárdalas, cristiano! Si ellas
están con lloro importuno

pidiendo á tu Dios laureles
para tu frente, que mucho
que rota la media luna
caiga ante la cruz con rudo
golpe, y que su blanco brillo
mancheé lodazal inmundo. .? *(pausa.)*
Todo un dia de pelea!
Y cuando su manto oscuro
tiende la noche, un ejército
gigante en valor y en número.
—Volveré mañana.—Tiene
que decir, triste y confuso
á la faz de un ruin contrario
que sonrie con orgullo...!
Yo rechazaré esta afrenta!
Yo desplomaré iracundo
sobre el que á la lid los trajo
mi odio y mi verguenza juntos!

ESCENA IV.

ABDURRAHMAN *y* ORDOÑO.

(Abderrahman se ha retirado á un estremo del teatro).

ORD. *(entrando.)* Pues con sangre, patria mia,
se han de apagar tus pesares,
sangre habrá, correrá á mares
al nacer el nuevo dia.
Arde tu gente altanera
en ansia de pelear...
¡Mucho tiene que matar
si la han de saciar entera!
La hora de tu salvacion
llegó ya... tiemble el pagano!
Cada golpe de mi mano
ha de hendir un corazon!

ABD. Pues en su sangre, alma mia,
quieres ahogar tus pesares,
la verás correr á mares
antes que despunte el dia.
Sed de sangre, ardiente y fiera,
me consume sin cesar...
¡Mil veces lo he de matar
sin poder saciarla entera!
¡Oh! á cambiar mi decision
no basta poder humano!
(dando algunos pasos por la escena y mirando al rededor.)
He venido aqui, villano,
á arrancarte el corazon!

ORD. Mucho tarda en parecer
el alba... aguardo impaciente!

ABD. Rey del cristiano, en la frente
tu cetro te he de romper!

ORD. Que no pueda al tiempo dar
sus alas el pensamiento!

ABD. No, de mi rencor sangriento
nadie te podrá librar!

ORD. Oh patria, si tu estandarte
hollase la impia grey!...

ABD. Ay de ti, mezquino rey!
Está escrito; he de matarte!

ORD. O triunfar, ó perecer.
No sabe ceder España.

ABD. Aunque te oculte á mi saña
un abismo, has de caer!

ORD. Quién es?

ABD. Quién vá?

ORD. Ordoño soy:
un soldado de la cruz.

ABD. Pronto asomará la luz... *(ap.)*
En grave peligro estoy!
(alto.) De la cruz soldado, yo
soy tambien... *(ap.)* Oh! finjo mal!
Mas qué hacer en lance tal?
Yo no retrocedo, no.
Aunque con mi encono lucho,
prosigo.—*(alto.)* Buen camarada,
sabeis que pesa la espada
fuera del combate mucho?

ORD. Os comprendo; de laureles
ansiais á España alfombrar...
Quereis como yo rajar
en la lid cráneos infieles!
Os ofende la inaccion,
os punza el corage intenso,
oh!... y sentis un fuego inmenso
que os incendia el corazon!...
Lo sentis, si!... Y nunca calma
su ambicioso ardor violento!
Oh! lo sé... porque lo siento
yo tambien dentro del alma!

ABD. Teneis, amigo, razon:
habeis penetrado en mi alma:
este ardor no tiene calma,
Me consume el corazon.
Irresistible es su llama:
con ella ardientes y rojos
lumbre despiden mis ojos
y todo mi ser se inflama.
Mas... pues tiempo es de tornar
en cenizas su furor,
yo que tengo ódio y valor,
con sangre la he de apagar.

ORD. Si... pronto vendrá la aurora
y sangre infiel correrá;
pronto...

ABD. Sangre!... Antes la habrá.

ORD. Antes?...

ABD. Si.

ORD. Mas... cuándo?

ABD. Ahora.

ORD. Pues, por la vírgen Maria!
Qué diablos pensais hacer?

ABD. Oh! todo se iba á perder! *(ap.)*
Evitémoslo *(alto.)* Decia... *(suena un clarin.)*
Pero ois?

ORD. Es un clarin.

ABD. Un clarin!... *(ap.)* Oh! si será?...

ORD. Tal vez el moro querrá
precipitarse á su fin.
De su poder en su error
intentará hacer alarde,
para estrellarse cobarde
en el cristiano valor.

ABD. Mucho me apura el cristiano *(ap.)*
con su insolente altivez.
Tiemblo de rabia! *(suena el clarin.)* Otra vez!
(dentro.) Al arma.

ABD. *(ap.)* Si algun villano!...
El rencor que el alma tiene
ata á este sitio mis piés;
mas grande el peligro es
y evitarle hora conviene.

ORD. *(que habrá estado mirando hácia dentro.)*
Gente llega!

ABD. *(ap.)* Ah! están aqui!

720324

ORD. Es un soldado.
ABD. *(ap.)* Respiro.
Aun puedo, rey don Ramiro,
saciar mi cólera en ti!

ESCENA V.

Dichos, un SOLDADO.

SOL. Por la vírgen, qué haceis?... El enemigo
gritos de guerra furibundo lanza;
pronto la lid empezará sangrienta
sin que la alumbre perezosa el alba.
Oh! entre las nieblas de la noche oscura
al mundo asombrarán nuestras hazañas,
que por la patria á pelear salimos
y sabremos morir por nuestra patria.
Siempre fué España de los bravos cuna;
aun resuenan los nombres de Numancia,
de Sagunto inmortal, cuyas hogueras
antorchas son de la española fama.
Como al cartaginés, como al romano
ellas hicieron ver su noble audacia,
ver haremos en breve al sarraceno
nosotros nuestro arrojo en la batalla.
ABD. Mas... cómo antes del dia...
SOL. Oid: há poco,
cuando todo yacia en mayor calma,
se oyó un largo alharido, que, terrible,
del ágareno campo se elevaba.
Cien y cien voces repitieron fieras:
«Dónde está nuestro Rey?... Nos le arrebata
el cristiano tal vez con torpe engaño,
de su valor temiendo la arrogancia?...»
Y el campo todo en confusion ardia,
y luces mil y mil do quier brillaban,
y un solo grito ya, grito espantoso
se oia en derredor... «Guerra y venganza!»
Misterio tal para nosotros fuera
impenetrable, si en la sombra parda
no hubiera alguno visto deslizarse,
pocos momentos antes, una estraña
vision, que hácia nosotros avanzando,
con pavorosa lentitud marchaba.
Antes de que llegase al campamento,
diz se la vió desparecer, airada;
ayes de horror lanzando, cual si hubiese
del moro rey desparecido el alma...
ABD. Eso pasó?...
SOL. No lo dudeis.
ORD. Corramos:
Dios tiende ya su mano á nuestra España,
y vibrando los rayos de su enojo
sobre la frente del infiel los lanza.
Si la pasada lid miró indecisa,
hoy la victoria nos dará su palma...
No quede un mahometano!... Oh! ya los veo
bajo el filo caer de nuestra espada!
Decidle al rey que su caballo pronto
(á Abderrahman.)
para el combate está, que luego parta;
que le espera su gente, y que es preciso
triunfar ó perecer antes del alba.
ABD. Y... dónde el rey está?...
ORD. Vedle; reposa.
(levantando el lienzo de la entrada de la tienda en que entró don Ramiro.)
Acercaos á él.
ABD. Id, camarada;
su corcel aprestad; á vuestro frente
estará en breve el rey.
ORD. Vamos.
ABD. *(vanse Ordoño y Soldado.)* Si, anda,
déjame en libertad, bárbaro! Quiero
clavar este puñal en sus entrañas!
(desnudo el puñal.)
Se apartaron?... No sé, pero mi gente
(escuchando.)
que lejos de su rey, alborotada
corre al encuentro del cristiano fiero
y á la muerte quizás... oh, hay que salvarla!
Rey Ramiro, ay de ti!
(precipitándose hácia la tienda.)
RAM. *(dentro.)* Nuestro es el dia!
ABD. Válgame Alah! *(dejando caer el puñal.)*
RAM. *(apareciendo à la entrada de la tienda.)*
Santiago, cierra España!

ESCENA VI.

DON RAMIRO y ABDERRAHMAN *que habrá retrocedido espantado.*

ABD. *(ap.)*
Su presencia me asombra y me confunde;
su voz ay! me estremece, me acobarda.
RAM. Acércate, soldado. A mis valientes
repetirás cuanto su rey te habla;
con los oidos de la fé, cristiano,
de tu señor escucha las palabras.
(pausa, y continua.)
Cansado de pelear,
luchando con la esperanza
y el temor á un tiempo mismo
de la noche solitaria
quise en las tranquilas horas
dar á mis afanes calma.
Apenas en esa tienda
entré, cuando desplomada
la noche sobre mis ojos
con toda su sombra vana,
en pronto y profundo sueño
dió alivio y solaz á mi alma.
Dormia aun en paz suave,
cuando en mi frente abrasada
posarse senti una mano;
pero con tan dulce y grata
impresion, como si un soplo
de una brisa regalada
viniese á enjugar en ella
el sudor de la batalla.
Desperté y en mis oidos
sonó una voz mas que humana...
una voz pura, argentina,
enérgica á un tiempo y blanda,
como el vibrante sonido
de las celestiales harpas.
«Alza la guerrera frente,
decia la voz sagrada,
apresta el corcel brioso,
enristra la aguda lanza,
vé á lidiar... tuyo es el dia!
Yo daré brio á tu espada!
Aniquila al moro, al grito
de ¡Santiago, cierra España!»
Un resplandor soberano,
una luz divina, santa,
llenó la tienda, y de hinojos
caí... por honra tan alta

dando gracias á los cielos
protectores de mi patria. *(pausa.)*
Ya lo escuchas, buen soldado,
di á mi gente estas palabras,
y sea este campo luego
tumba de la infiel canalla.

ABD. Con respeto le he escuchado... *(ap.)*
Con respeto... yo! La rabia
me ahoga! Qué habré venido
solo á besarle las plantas?...
(alto.) Rey Ramiro, mientes, mientes!
Ni te habló ningun fantasma,
ni será este campo tumba
de las huestes africanas.
Apresta el corcel brioso,
enristra la aguda lanza,
corre á la lid... pero sabe
que la muerte allí te aguarda.

RAM. Quién eres tú, miserable,
que así á tu rey amenazas?...
Espíritu del infierno
que escupes veneno y rabia!

ABD. Soy tu enemigo mayor,
soy Abderrahman. *(descubriéndose.)*

RAM. Villana
accion, la del que te trajo
á morir con mengua tanta
á mis piés... traicion fué impía!

ABD. No ha sido traicion, te engañas;
trájome aquí irresistible
sed de tu sangre inhumana.

RAM. Descreido!... Ibas acaso...

ABD. Iba á asesinarte.

RAM. Calla,
cobarde! Ocúltate luego!
Odio tu presencia, aparta;
tu voz mi corage enciende
y me hieren tus miradas.

ABD. Y tan noble es, rey, tu pecho,
tan generosa es tu alma,
que, teniéndome en tus manos,
no te vengas y me matas?

RAM. Soy cristiano; si te viera
en la lucha, te matára;
pero aquí... tu sangre, moro,
fuera en mi nombre una mancha!

ABD. Una mancha!

RAM. Sí; es villano
el que con las dobles armas
del valor y del poder,
como hiena hambrienta y brava
sobre indefenso contrario,
seguro de herir, se lanza...
y un villano no merece
la tierra pisar de España.

ABD. Aunque el puñal que há un momento
rasgar debió tus entrañas
al suelo cayó, y me asustan,
no sé por qué, tus miradas,
aun va un acero conmigo,
y aquí los dos, cara á cara,
sin traicion y sin bajeza,
á solas con nuestra saña,
pelear podemos fieros
hasta que uno de ambos caiga.
(empuña la gumia.)

RAM. Sea pues, cuándo ha temido
á ninguno de tu raza
don Ramiro, cuando?...

ABD. Y cuándo
tembló Abderrahman?
(dentro.) Al arma!

RAM. Cielos!

ABD. Espera; mi gente
hácia tus tiendas avanza...
Terrible será la lid,
pero habrá gloria!...

RAM. Sí, marcha;
ponte á su frente, y lidiemos
(empieza á amanecer.)
entrambos por nuestra causa
como buenos caballeros,
y si te encuentro ó me hallas
tú en el sangriento combate,
que una de las dos almas
vuele al cielo ú al infierno
de la horrible muerte en alas!

ABD. Mas tus soldados...

RAM. Entiendo;
sígueme; ya empieza el alba
á brillar, pero aun su lumbre
se pierde en la sombra avara;
no hay riesgo; vamos, muy pronto
seguro estarás... qué aguardas?
cobarde traicion recelas?...

ABD. No; tus acciones bizarras
me avergüenzan! .. vamos!... oh!
Pisando estás mi arrogancia!
No, no mas mengua, cristiano!
Vamos... sí, de la batalla
solo la sangre podrá
lavar de mi honor la mancha! *(salen.)*

ESCENA VII.

ORDOÑO.

Pero dónde está el Rey?... oh! teme acaso
el fallo irrevocable de la suerte?...
Para la salvacion fáltale un paso,
falta un paso no mas para la muerte.
Hay mas que andarle con resuelto brio
y triunfar ó morir sobre la arena?...
No tiene por escudo el pecho mio?...
Qué teme, pues? La turba sarracena
ante la luz de sus ardientes ojos
ahogando su altivez y alma serena,
la erguida sien inclinará de hinojos,
y, como ante la faz de su destino,
temblará de pavor, de asombro llena,
cual hoja que estremece el torbellino.
Si á favor de la sombra habrá dejado
con loca valentía,
la tienda en que dormia
y al campo del infiel se habrá lanzado?...
Oh! en la tienda no está!... Válgame el cielo!
(mirando.)
Tendremos que llorar tras la derrota
la deshonra?... Oh, Señor! el desconsuelo
(alzando al cielo las manos.)
mira una vez de tus dolientes hijos;
un porvenir les muestra de ventura
en medio de pesares tan prolijos,
y estingue, en tu bondad, tanta amargura!

ESCENA VIII.

ORDOÑO y DON RAMIRO.

ORD. El Rey!

RAM. Ordoño, vamos;
el moro quiere con su sangre el suelo
tinto dejar... A nuestras manos muera...
No hay esperanza para él; el cielo
me ha anunciado su fin; hoy nuestra gloria
va sublime á espantar su vista fiera
con resplandor eterno de victoria.
ORD. Decís que el cielo...
RAM. Una vision divina
palabras de ventura en mis oidos
posó con voz suave y peregrina.
Pronto nuestros contrarios abatidos
(suena un clarin.)
besarán nuestros piés!... que ya nos llama
el clarin; ya nos llama la pelea,
y, para que su gloria eterna sea,
lauros eternos nos darán la fama!
Quiero hablar á mis bravos; á su frente
el moro me verá, de espanto helado.
ORD. Id, señor, id; hablad á vuestra gente,
inflamad su entusiasmo amortiguado;
que os vea vuestro ejército valiente
y un Pelayo, será cada soldado; *(sale el Rey.)*
(mirando por donde sale el Rey.)
ORD. El cielo, oh Rey! que al justo no abandona,
hoy te ofrece en la lid otra corona!

ESCENA IX.

ORDOÑO, *solo; habrá amanecido.*

Alba que naces á alumbrar serena
la imágen torva de la horrenda muerte,
tú verás á la turba sarracena
maldecir loca su trocada suerte.
Tú la verás caer sobre la arena
del acero cristiano al golpe fuerte;
y el campo que hora abarcas anchuroso
lago será sangriento y espantoso.
Brilla, sí; brilla, deseada aurora;
á tu rayo el infiel tiembla y se aterra;
valles y montes ásperos colora
mientras en derredor brama la guerra.
Si oyes su carro resbalando agora
por la estension de la española tierra,
no circundes tu faz con denso velo!...
Que nuestras glorias ilumine el cielo!
Salga el radiante sol para alumbrallas;
y si nubes espesas le guarnecen,
de su lumbre inmortal enormes vayas,
y á su paso tenaces se le ofrecen;
robe á Dios nueva luz hasta incendiallas
que para iluminar como merecen
los hechos mil de nuestro arrojo fiero,
del sol es poco el resplandor entero!
Oh! que esta lucha la postrera sea!
Que ella asegure, oh patria! tu sosiego!
Que avergonzado el bárbaro te vea,
y alce á tus plantas temeroso ruego!
(ruido de armas dentro.)
Pero ya escucho el son de la pelea!
Oh, voy allá!... mi corazon es fuego...
Siento mi alma de entusiasmo henchida...
Gloria, oh mi España, á ti!... tuya es mi vida.
(vase.)

ESCENA X.

D. RAMIRO *y* ABDERRAHMAN, *dentro.*

RAM. Moro, defiéndete! Llegó el momento
que anhelaba feroz tu negro encono!
ABD. Rayo es tu espada que divide el viento,
á cada golpe de tu brazo, siento
saltar mi sangre y vacilar mi trono.
RAM. La justicia de Dios viene conmigo,
y á castigarte, infiel! va por mi mano!
Tiembla! *(saliendo.)*
ABD. Nunca la faz de un enemigo
inspiró á Abderrahman temor villano.
RAM. Nunca?...
ABD. Jamás!
RAM. Yo tu soberbia ciega
furioso abatiré... tu muerte llega!
Sobre ti ruge la celeste saña!...
Oye, infeliz!...
(dentro.) Santiago, cierra España!
ABD. Ay, esa voz me hiere!... *(ap.)*
RAM. Enemigo de Dios!... *(riñen.)*
ABD. Ah!
RAM. Muere, muere!
(caésele la gumia á Abderrahman.)
ABD. Si, mátame! De mi sangrienta mano
roto en pedazos mil salió el acero.
RAM. Para hollar tu desgracia, soy cristiano;
para herirte traidor, soy caballero.
ABD. Oh! mas vergüenza sobre mí!... La ira
hierve en mi corazon, arde en mis ojos;
hoy todo, todo contra mi conspira!
Todo? Nó, que apagando mis enojos,
(deteniéndose.)
suena una voz de inesperada gloria
y la lanzan los mios... oh!
(dentro.) Victoria!
RAM. Cielos!... no, no! yo oí vuestro divino
acento, y en mi pecho la esperanza
brotar hicisteis de mejor destino.
ABD. Y te engañaste, oh Rey!... los cielos!... Poco
de sus altos favores te se alcanza!
RAM. No, que aun no el fin de mi esperanza toco;
aun escritas están en mi memoria
las palabras aquellas de consuelo
que oyó mi corazon, y que habló el cielo.
ABD. No conoces aun que todo ha sido
una falsa ilusion?
RAM. No; de mi gloria
yo el himno eterno oí!
ORD. *(dentro.)*
A ellos, victoria!
RAM. Oh! gracias, gracias!
ABD. Esa voz te engaña!
RAM. *(conduciendo á Abderrahman hácia los bastidores.)*
Desdichado! Lo ves?... Se salvó España!
ABD. *(con abatimiento.)*
Todo se perdió ya!
RAM. Moro, aun te queda
la vida.
ABD. Qué me importa, si he perdido
el honor?...
RAM. Sálvate.
ABD. No, que me mate
tu gente; aquí la espero!
RAM. Del vencido
la sangre, el lustre del acero empaña
del soldado que abriga alma valiente.
ABD. No hay un solo cobarde entre tu gente?
(con desesperacion.)
RAM. Vete; no hay asesinos en España.
ABD. Infeliz!

RAM. Mi caballo allí te espera;
únate á los dispersos su carrera;
vuela, en escape rápido y violento
burla con él la rapidez del viento.
ABD. Abátesme otra vez...?
RAM. Si eso quisiera,
prisionero conmigo te llevara.
ABD. Tu prisionero no... tu esclavo fuera
(enternecido.)
y de tenerte por señor me holgára.
Partir es fuerza ya... Noble enemigo...
Rey generoso...
RAM. Adios!
ABD. Penas sin cuento
llevo en el corazon... Parto al momento...
la bendicion de Alah quede contigo. *(vase.)*

ESCENA ULTIMA.

D. RAMIRO, ORDOÑO, *entrando con espada en mano.*

ORD. Vencimos, con la luz de las estrellas
(echándose á los piés del Rey.)
todo ese campo el bárbaro cubria;
ora en él marca temerosas huellas
y en su frente el horror alumbra el dia.
Que escarmiente el infiel...! Las cien doncellas
que de párias en nombre nos pedia,
hijas de España son, y su decoro
no irán á hundir en el haren del moro.
Cuando intente feroz el mahometano
del polvo alzarse, en donde yace hundido,
á su antiguo valor llamará en vano;
su valor quedó aquí, muerto y vencido;
sepulcro dióle la cristiana mano,
nuestro orgullo sobre él descuella erguido!
Gloria al Rey mi señor, á España gloria!
RAM. Gracias al cielo dad por la victoria.
(levantándolo.)
Gracias, sí; por el cielo peleamos,
él lidiar nos miró, por él vencimos;
sobre el infiel su cólera arrojamos;
y al punto yerto á nuestros piés le vimos.
El laurel que en la brega le arrancamos,
vida dará inmortal á lo que hicimos,
y al contemplar los siglos su grandeza,
doblarán ante España la cabeza.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.=*Es copia del original censurado.*

BARCELONA.

LIBRERÍA DE ISIDRO CERDÁ,

Plaza del Ángel.—1877.